
DERMATOLOGIA.

El tratamiento de los eczemas.

De todos los modos de reacción de la piel ante los agentes morbosos es sin duda la eczematización el más frecuente. Diariamente nos encontramos en la práctica no solo los especialistas, sino también los prácticos generales, con alguna de las múltiples variedades del eczema, y de aquí que sea sumamente importante el saber tratar con acierto esta afección; pues en tanto que el empleo de medios terapéuticos apropiados determina la curación cierta y completa en algunos casos, el alivio muy considerable en aquellos en que por circunstancias especiales la vuelta a la salud completa es difícil en extremo; en cambio la terapéutica inapropiada es capaz de causar grandes males: la agravación del padecimiento, su mayor persistencia, su tendencia a la extensión y aun a la generalización, la aparición de complicaciones que vengán a agravar la situación del enfermo.

No quiero recordar sino someramente, por no ser el asunto que hoy deseo tratar ante esta honorable Academia, la patogénesis, las múltiples teorías que se han emitido con respecto a la naturaleza del eczema. Básteme recordar que en su derredor han girado todas las doctrinas médicas. Que siendo una enfermedad tan vulgar, se discute aun su individualidad nosológica, que por ella más que por ninguna otra estableció Bazin el concepto de afección opuesto al más amplio de enfermedad, que fué el sostén más firme de la teoría de las diátesis, que mientras la antigua Escuela alemana a cuya cabeza figuraron Hebra y Kaposi no veía diferencia entre los eczemas por decirlo así autóctonos y las erupciones provocadas artificialmente que revestían el mismo aspecto, la escuela francesa se resistió siempre a esa identificación; que desde que comenzó a imperar la teoría microbiana de las enfermedades, muchos investigadores han hecho esfuerzos inauditos por acomodar a los eczemas dentro del

grupo de las enfermedades de ese orden sin lograr conseguirlo; que la importancia que las teorías más modernas conceden a toda clase de toxinas, y en general de antígenos sea, cual fuere su origen, que circulan en el organismo han influido sobre el concepto del eczema; que sobre él han influido también los estudios relativos a la acción de las alteraciones del sistema nervioso en los diversos procesos patológicos y en especial en los cutáneos; y la tendencia final, quizá la más exacta, indicada por Besnier y perfectamente sintetizada por Boeck, y admitida hoy por la mayoría de los dermatólogos, de que el eczema no es propiamente una enfermedad en el sentido de formar un cuadro clínico bien cerrado, sujeto a leyes de evolución y de causalidad definidos, sino es simplemente un modo particular de reacción de la piel a agentes muy diversos, que no hay en suma eczemas sino eczematizaciones. Teorías son todas estas más o menos hermosas, más o menos satisfactorias, más o menos seductoras y halagüeñas para el espíritu, y que convidan a hacer una disertación de corte netamente académico, nada impropia por lo tanto, para exponerla ante esta ilustre corporación.

Pero por más que esta tarea fuera para mí agradable, por más digno que sea de ser expuesta con acopio de datos y en forma, ante todo, y hasta donde posible fuera elegante, para atraer la benévola atención de ustedes, ya que no por sus méritos propios al menos por sus atavíos, necesarios para que al recordar a ustedes teorías que quizá mejor que yo conocen, las escucharán con agrado; por más que recordaciones de este género nunca sean inútiles, he juzgado mucho más útil ocuparme del asunto más práctico, del más propiamente médico, del que más nos sirve para con los enfermos, de aquél que a ellos más realmente interesa, sean cuales fueren las teorías que sobre su mal nos formemos; del relativo al medio de volverles la salud perdida, del tratamiento en suma.

Antes de entrar de lleno al asunto, permitidme que me ocupe también por unos instantes de un punto de teoría relacionado con el tema, y esto por el motivo de que para esta enfermedad ha sido planteado un problema, que le es casi peculiar.

En efecto, lo habitual, lo común y corriente, es que dado que un médico se encuentre en presencia de una enfermedad proceda desde luego a tratarla por los medios más apropiados a su

entender, pero sin ninguna vacilación. Ahora bien, para el eczema se ha hecho surgir una cuestión que a la verdad, presentada *ex abrupto*, sin preparación previa, parece el mayor de los absurdos. La cuestión es ésta. ¿Se debe o no tratar el eczema? o presentada en términos menos absolutos, más propios, más limitados: ¿Se deben tratar o no todos los eczemas? Hay casos en que esté contraindicado el tratarlos?

La razón de la abstención terapéutica en los eczemas, radica en la teoría de las diátesis, en el temor de las metástasis. Ahora bien, en la actualidad, la teoría diatésica, al menos en la forma rigorista que tuvo en el segundo tercio del siglo pasado, ha fenecido. Ya hoy el dermatólogo no se pregunta en presencia de un eczematoso si éste es un dartroso, un herpético, un artrítico, un escrofuloso. Investiga sí, el estado general del enfermo, la condición de sus diversos órganos, sus antecedentes individuales y hereditarios; pero no se deja seducir por palabras vanas para basar en tan falaces sostenes el pronóstico y el tratamiento. Hoy sabe que no por unidades sino por millares se cuentan los casos en que la desaparición de los eczemas se efectúa sin consecuencias patológicas en otros órganos; hoy sabe que en no pocas ocasiones la persistencia de un eczema es mucho más nociva, mucho más expuesta a complicaciones viscerales y a influir pesadamente sobre el sistema nervioso y la nutrición general, que su desaparición; hoy sabe que no forzosamente es causa esta desaparición de fenómenos morbosos que se puedan presentar en otros órganos por una sucesión simplemente accidental y debida a factores por completo ajenas a la relación que hay entre ambos padecimientos; hoy sabe también que en otros casos la existencia de otro padecimiento en órgano remoto puede ser no el efecto sino la causa de la desaparición del eczema, prueba de ello siendo la curación aparente o meramente transitoria y aun a ocasiones definitiva de eczemas antiguas durante las grandes infecciones generales febriles; sabe por último que aunque en proporción mínima, hay en realidad casos de esas alternancias morbosas tan temidas por los antiguos, mas entonces queda a su buen criterio valorar qué manifestación morbosa mina más la salud del enfermo, cuál le es más molesta, y finalmente cómo puede mitigar ya que no curar por completo al paciente de su eczema. Pero estos casos, que confirman la reali-

dad de lo que designó con el nombre de metástasis, son excepciones en la práctica, no bastan a fundar una regla general de abstención terapéutica. Por lo contrario, en la práctica no hay que olvidar que siendo una enfermedad, el eczema amerita una terapéutica eficaz y bien dirigida, con tanto mayor motivo cuanto que suele ser afección muy molesta para los enfermos, y desagradable tanto para ellos como para quienes les rodean.

Por otra parte, la regla o mejor dicho la costumbre que se observa hoy en la mayoría de los médicos no especialistas, no es precisamente la de la abstención, que quizá fuere a menudo mejor para los pacientes, sino que en esta época de intervención a todo trance y de mercantilismo más que de ciencia, lo más frecuente es que se hagan prescripciones sin discernimiento y con perjuicio real de los enfermos, que no mejoran, sino antes bien ven agravarse su mal, y adquieren el erróneo convencimiento por desgracia no pocas veces atizado inmoralmente por quienes no habiendo sido aptos para hacer el bien a que estaban obligados con el enfermo que se confió a sus cuidados, no vacilan en deprimir su ánimo, de que el eczema es incurable. No hay afirmación más inexacta ni perjudicial para los enfermos. La verdad es que la inmensa mayoría de los eczemas convenientemente tratados ceden en término más o menos breve y que sólo por excepción se encuentran casos extraordinariamente rebeldes.

Para el tratamiento de los eczemas tenemos a nuestra disposición medios terapéuticos y medios higiénicos, y tanto unos como otros pueden obrar local o generalmente.

Las formas y variedades, los sitios del eczema motivan alteraciones en el plan terapéutico; pero hay reglas generales a que pueden ser sometidos todos los eczemas.

Como división esencial, desde el punto de vista terapéutico local, hay que distinguir el período en que el eczema se halla si en el húmedo o en el seco; pues los errores de tratamiento vienen sobre todo de no apreciar debidamente estas condiciones. De un modo general los eczemas en período húmedo y por tanto agudo, son muy intolerantes para los tópicos grasosos y para todo agente de medicación activa en general, mientras que los que están en el período de sequedad, de descamación y que son crónicos o tienden a la cronicidad, no ceden sino a agentes

activos. De aquí una línea de conducta enteramente diferente en cada caso.

En el eczema húmedo domina una secreción abundante de color cetrino que tiende por la evaporación a concretarse en costras; esta secreción se desprende de una superficie en que la capa córnea se ha perdido y ha quedado el cuerpo mucoso a descubierto y como esponjado, reposando sobre una capa papilar francamente inflamada. La indicación terapéutica es absorber ese exudado líquido y calmar los fenómenos inflamatorios. Para lo primero, nada hay mejor que los polvos inertes: el tacco, el subnitrate de bismuto, el óxido de zinc, la creta preparada, el almidón, etc., solos o asociados en proporciones diversas. Teóricamente, los polvos de origen mineral, que no son susceptibles de constituir medios de cultivo apropiado para los microbios, deben ser preferidos. En la práctica, sin embargo, hay ocasiones y no poco frecuentes, en que el polvo de almidón o la fécula de papa se muestran superiores a los minerales, disminuyendo más rápidamente las secreciones y proporcionando a los enfermos una sensación de frescura mucho más agradable que los polvos minerales. La combinación de unos y otros también es ventajosa. Con frecuencia me sirvo en mi práctica de una mezcla de 9 partes de almidón y 1 de salicilato de bismuto, con gran provecho.

Siempre que la secreción no sea demasiado abundante y que por lo mismo, las costras que tienda a formar sean delgadas, se puede limitar el tratamiento del eczema húmedo a la aplicación de polvos. Bajo la capa protectora que forman, empieza a reconstituirse la capa córnea, y como este es el fin que hay que perseguir, resulta que no hay que ir a quitar por lavados intempestivos o cualquiera otra maniobra las delgadas costras y los polvos incorporados a ellas que las cubren, sino renovar tan sólo estos últimos, cuantas veces sea preciso, aplicándolos con motitas de algodón absorbente.

Pero si la secreción es muy abundante y el estado fluxionario de la piel muy intenso, resulta que el exudado al mezclarse con los polvos forma costras gruesas y quebradizas, bajo las cuales el líquido se acumula sin libre salida y comprimido entre los tejidos turgentes y las costras. En estas condiciones, esa compresión causa sensaciones dolorosas, se producen fácilmente in-

fecciones microbianas y través de las grietas de las costras y la situación de los enfermos empeora.

Entonces hay que acudir a otros medios, a los antiflogísticos por excelencia, a los apósitos húmedos, bien sea en forma de defensivos, de cataplasmas, de curaciones húmedas asépticas o de simples telas impermeables.

Para los defensivos se usan de preferencia líquidos ligeramente astringentes, y entre ellos la vulgar agua de végeto es uno de los medicamentos que mejor resultado dan. También son útiles en este sentido las soluciones muy diluidas de sulfato de cobre y de sulfato de zinc (de 1 a 2 por 1000) y de permanganato de potasio (al 1 por 10,000). Muy conveniente es, y se logran con ella muy buenos éxitos en los casos rebeldes, la solución de acetato de aluminio llamada licor de Burow, compuesta de 5 partes de alumbre y 25 de acetato de plomo y 500 de agua destilada. Esta preparación nunca se emplea pura, sino diluida en proporción de 10 a 20 % en agua hervida.

En materia de cataplasmas, deben ser preferidas las de gasa aséptica impregnadas de una mezcla constituida por una cucharada de almidón o de fécula de papa y una cucharadita de ácido bórico en un litro de agua hervida. Puede emplearse ventajosamente la ouataplasma de Langlebert.

Las curaciones húmedas propiamente tales, se harán con soluciones antisépticas sumamente débiles, tales como soluciones de cianuro o de bicloruro de mercurio al 1 \times 5000 o con soluciones alcalinas compuestas de una parte de salicilato de sosa, 3 de bicarbonato de sosa y 500 de agua destilada.

Los defensivos se aplicarán en general a la temperatura ambiente, las cataplasmas y las curaciones húmedas, tibias, nunca demasiado calientes. Todos estos apósitos deberán ser cubiertos con una tela impermeable, baudruche o tela de salud, que tenga siempre mayor extensión que la sustancia impregnada de líquido, que esencialmente los constituye. La duración de su aplicación debe ser limitada; se renovarán según los casos 3, 4 y hasta 6 veces al día, y se suspenderán tan pronto como los fenómenos inflamatorios agudos se hayan amortiguado, disminuyendo bastante el exudado líquido; pues de continuarla exageradamente, la maceración de los tejidos que determinan puede ser nociva.

Tan pronto como el exudado en cuestión ha disminuido bastante, se acudirá de nuevo a los polvos inertes, y sólo en caso de formarse con ellos costras gruesas, se volverá a los apósitos húmedos. Muchas ocasiones hay en que alternados en sucesión regular, estos dos medios constituyen el mejor recurso terapéutico contra los eczemas húmedos.

El tratamiento por las telas impermeables requiere unas cuantas consideraciones especiales. Aunque recomendadas por muchos dermatólogos, fué el Dr. Tenneson, de París, quien con mucho empeño las estudió y recomendó. Si en verdad cualquier tela impermeable puede ser empleada, es necesario, si se quieren obtener los mejores resultados, hacer uso de telas que ni sean muy frágiles ni tampoco quebradizas. La tela de caoutchouc para dentistas debe ser preferida para este género de apósitos en los miembros o en el tronco y los bonetes, máscaras, guantes, dedos de caoutchouc fino, etc., fabricados expresamente para las diversas regiones del cuerpo, deben ser preferidos por su suavidad, homogeneidad, delgadez y resistencia. La aplicación de estas telas, impidiendo la evaporación, obra al estilo de apósitos húmedos oclusivos. La secreción bajo su superficie se exagera en proporciones enormes, las costras se reblandecen y desintegran rápidamente y los tejidos se ponen muy turgentes; si el apósito no se cambia a las pocas horas, los líquidos segregados se corrompen, se infectan, adquieren mal olor. Por esto se hace preciso, cuando se acude a este medio curativo, tomar toda clase de precauciones, renovando las aplicaciones por lo menos 3 o 4 veces al día, limpiando muy bien la tela con agua esterilizada fría y recogiendo en los intervalos el líquido secretado en la superficie eczematosa por medio de bolitas de algodón seco. La tumefacción producida bajo la tela impermeable llega a ser tan considerable, que de no estar prevenido uno, pudiera alarmarse, pero al cabo de pocos días de estarla aplicando, la hinchazón disminuye rápidamente y con ella el exudado; la piel acaba por secarse bajo la tela misma y entonces la curación del eczema se efectúa ya rápidamente por medio de la aplicación de una pomada inerte o muy ligeramente reductora. Para Tenneson este sería el tratamiento de preferencia para los eczemas. Por lo descrito se habrá visto que no carece de inconveniente y que demanda atención muy cuidadosa para ser he-

cho de modo perfecto; pero reservado a los eczemas rebeldes que no ceden á los medios habituales, es un recurso de primer orden, no sólo para los eczemas húmedos, sino aun para los secos y atónicos, que bajo el impermeable se tornan húmedos y caminan entonces a una curación rápida y no pocas veces definitiva.

A los medios anteriores, y como auxiliares en el tratamiento de los eczemas agudos, con el fin de limpiar las superficies y hacer caer las costras, se emplean las lociones y las pulverizaciones, ya con simple agua hervida, que es lo mejor, o con infusiones o cocimientos de algunas plantas a que el vulgo atribuye propiedades maravillosas, de que en realidad carecen. Entre ellas podemos permitir y aun aconsejar algunas, tales como la manzanilla, la pata de león, la yerba de la golondrina; pero oponernos al uso de algunas otras, que a veces son netamente irritantes; citaré entre estas, dos muy usadas por el vulgo, y cuyos efectos nocivos me constan, por haberlos observado en muchas ocasiones: la yerba mora y el tlalchichinole. Pueden usarse también con este fin, soluciones muy débilmente anti-sépticas, aunque en general el uso de los anti-sépticos debe ser desechado en los eczemas, pues la mayor parte de ellos, por poco concentrados que estén, son irritantes para la piel y la hacen reaccionar precisamente en el sentido de la eczematización. Debo mencionar muy particularmente, para estigmatizar su uso en los eczemas el agua, oxigenada, de que tanto abusa en la actualidad el vulgo considerándola como panacea. Medicamento realmente heróico en el tratamiento de las heridas y úlceras infectadas, es en cambio fatal en los eczemas, y muchos he visto agravarse por el indiscreto uso que de ella se ha hecho.

Cuando el eczema húmedo es muy extenso, los polvos y los apósitos húmedos están siempre indicados, pero suelen dar también resultados excelentes los apósitos compuestos con el linimento óleo-calcáreo, uno de los mejores medicamentos de las antiguas farmacopeas.

Pasado el período húmedo de los eczemas, llegados al período seco, escamoso, o cuando los encontramos desde luego en este estado, el plan terapéutico local ya no es el mismo. Ya los apósitos húmedos carecen entonces de utilidad y los polvos inertes son insuficientes. Se necesita entonces, por lo común, de la apli-

cación de cuerpos untuosos que suavicen la piel y que impregnando las escamas faciliten su desprendimiento; se necesita a menudo proteger las partes enfermas contra todo género de acción traumática o irritante; se necesita en fin, acudir a medicamentos que existen la vitalidad de la piel en el sentido de la normalidad, dominando el estado de vida precaria de los tejidos inflamados crónicamente, se necesita finalmente dominar el prurito que casi siempre acompaña, (y aun suele ser el síntoma más penoso), a los eczemas crónicos.

Cuando se trata de la etapa final de un eczema agudo y en general, cuando por primera vez se nos presenta un enfermo afectado de eczema crónico y no conocemos por tanto, el modo de reacción de su piel a los medicamentos, debemos preferir y con frecuencia, basta para obtener la curación, a la vulgar pomada de óxido de zinc al 1/10.

Pero cuando esta no es suficiente, hay que acudir a alguno o algunos de los medicamentos llamados reductores, y entre ellos, de preferencia, al aceite de cade, al ictiol, al azufre, a la resorcina, al ácido salicílico y más rara vez al ácido pirogálico, al naftol, y más excepcionalmente aún a la crisarobina y al ácido crisofánico.

El aceite de cade, (y en general los alquitranes), es el mejor medicamento a que por lo común se deberá ocurrir en los eczemas crónicos. Se le puede usar solo, lo que no se debe hacer sino excepcionalmente, o incorporado a otros cuerpos untuosos, tales como la vaselina, el glicerolado de almidón, el aceite de bacalao, etc., en proporción de 5 a 10 %. Debe procurarse que sea puro y verdadero, pues a veces le sustituyen el de pino o el de abeto, que son usados de preferencia por los veterinarios; pero para la piel humana son demasiado irritantes. Medicamento excelente, hay que renunciar sin embargo a él en muchos enfermos, a causa de su olor desagradable, para muchos de ellos insoportable, y por lo mucho que mancha la piel y la ropa, dando un aspecto de suciedad repugnante. Tiene además, en algunos enfermos, el inconveniente de provocar una erupción de aspecto acneiforme. En estos casos habrá que renunciar a él definitivamente; pero en los que simplemente se trate de la repugnancia que pueda originar a los enfermos, se procurará dominarla hasta donde sea posible, porque lo repito, es uno de

los mejores medicamentos para dominar los eczemas crónicos.

También es utilísimo el ictiol y merece una mención especial el azufre, que tiene su indicación particular en los eczemas que se desarrollan en pieles seborreicas, y que por este motivo adquieren caracteres especiales. Particularmente en los eczemas de la piel de la cabellera, de las cejas, de la región preesternal y del pubis, es donde mejores resultados dan las pomadas azufradas en proporción de 10 a 20 %.

El ácido salicílico es un medicamento que con frecuencia se asocia a los demás en las pomadas, o se incorpora en otras formas medicamentosas de aplicación local, por su acción keratolítica y keratoplástica enérgica.

Las pastas, formas medicamentosas compuestas de mezclas de polvos inertes y cuerpos untuosos, como las pomadas; pero en las que la proporción de los polvos es muy considerable, con el fin de dar a la preparación consistencia muy firme, son muy eficaces en el período final de los eczemas agudos y en los crónicos muy infiltrados. Realizan con gran perfección la oclusión de los sitios enfermos y de esta manera calman muy bien el prurito tan molesto de los eczemas crónicos. El tipo de las pastas es la de Lassar, compuesta de partes iguales de vaselina, lanolina, almidón y óxido de zinc.

Excelentes para calmar también el prurito son las colas de de Unna, mezclas de grenetina, glicerina, óxido de zinc y agua en proporciones variables, de modo que formen un cuerpo sólido a la temperatura ordinaria y fusible a temperatura muy poco superior a la del cuerpo humano. Para aplicarlas se funde un trozo en baño de María y con una brocha se aplica en los lugares enfermos, sobre los que se solidifica, formándoles un barniz protector suave, elástico y permeable, muy superior a los colodiones y traumaticinas, que antes se usaban y mucho más agradable, además mucho más fácil de quitar y de resanar, cosa importante; pues constituyen un género de apósitos permanentes que no se deben cambiar con frecuencia, sino al contrario dejar el mayor tiempo posible; puesto que por el mecanismo de la oclusión es como obran. Se aplica generalmente sobre ellas una ligera capa de algodón. La que yo empleo preferentemente se compone de 25 partes de grenetina de 1^o, 25 de glicerina neutra de Price, 50 de óxido de zinc puro y de 100 de agua

destilada. Deben ser preparadas siempre con materiales de primera clase.

Los emplastos figuran en el mismo orden de medicamentos antieczemáticos y antipruriginosos. Deben estar muy bien preparados, siendo los mejores los de Vigier y los de Rogé-Cavaillés y en seguida los de Johnson y Johnson y los de Beiersdorf. En su masa pueden estar incorporadas diversas sustancias; pero los más usados son el de óxido de zinc, el de aceite de cade, el de ácido salicílico, el rojo de Vidal (muy empleado en Francia; pero que aquí en México se hace muy quebradizo, aun siendo de las mejores marcas), y el de Vigo con o sin mercurio. Por su íntima adherencia a los lugares en que se aplican, son muy prácticos para enfermos que pueden dedicarse a sus ocupaciones y a quienes el tratamiento, por las pomadas repugna por la mucho que ensucian la ropa; pero no son aplicables sino en lesiones de poca extensión y a menudo son irritantes. Al despegarlos, por otra parte, pueden ser motivo de sufrimientos para los enfermos, y traumatizando así los lugares eczematizados, pueden causar agravación del mal. A menudo será necesario para desprenderlos, impregnarlos de aceite y ayudar a la disolución de la cera del emplasto, que queda adherida, con alcohol o con éter. Nunca se aceptará un emplasto que tengan defectos de preparación, por mínimos que sean.

La fisioterapia ha empleado también sus variados recursos para el tratamiento de los eczemas; pero hasta la fecha no se puede juzgar científicamente de modo definitivo sobre su valor real. En general, más que sobre el proceso eczemático propio, obran sobre el prurito que le acompaña, y como éste es su elemento capital en muchos casos, al calmar éste mejoran considerablemente los enfermos. Son de recomendarse particularmente con este fin, las corrientes de alta tensión y alta frecuencia y las aplicaciones de luz. Los rayos X tienen una acción más definida sobre el proceso eczemático; pero son peligrosos, y su uso debe reservarse a casos de excepción en que los medios terapéuticos habituales hayan fracasado.

Cuando los eczemas se presentan en las regiones velludas, dan origen a indicaciones terapéuticas especiales. Así, en general, cuando se presentan en la piel de la cabellera y en la barba, hay que recortar lo más posible con tijeras los cabellos o la barba;

y comúnmente en las formas agudas prolongan el uso de los apósitos húmedos por tiempo bastante considerable. En la piel de la cabellera se puede, sin embargo, acudir bastante pronto a los medicamentos reductores, y en particular, al azufre; pues la piel de esa región es mucho más tolerante para este género de medicamentos que cualquiera otro.

En la barba y en el bigote, el eczema es con frecuencia de origen folicular o se complica fácilmente de foliculitis y tiende a eternizarse. Hay casos en que para lograr dominarlo, en especial en el bigote, hay que proceder a la depilación o a hacer escarificaciones lineales cuadrículares repetidas.

Sitios hay en que los eczemas dependen de escurrimientos de órganos vecinos; tal sucede con algunos del labio superior, consecutivos a catarros nasales crónicos, con los de la vulva y cara interna de las muslos en las mujeres leucórricas, con los de la margen del ano en los diarréicos o los que padecen del recto, etc.

En todos estos casos, el único tratamiento realmente eficaz es el de los padecimientos conexos. Mientras éstos persistan, el eczema jamás desaparecerá; y en cambio cederá rápidamente después de la curación de aquellos.

En los pliegues, los eczemas tienden a ser siempre húmedos y a persistir indefinidamente. Es necesario para lograr su más pronta curación, mantener separadas las superficies de contacto por medio de tirillas de algodón impregnadas de polvos inertes y renovarlos con frecuencia, evitar los movimientos de las regiones enfermas hasta donde sea posible, acudir al uso de las pastas y dar de cuando en cuando toques con solución de nitrato de plata al 5%. Esto llega a ser indispensable, particularmente, en los eczemas de los pliegues retro-auriculares, que son de los más tenaces, y que si no desaparecen por completo, son origen de recidivas extensivas incesantes a otras partes del cuerpo, y en especial a la cabeza, orejas y cara.

No he agotado con lo dicho, por supuesto, todo lo relativo al tratamiento local de los eczemas, como en general no se pueden agotar todos los temas de esta especie; mi propósito ha sido señalar de preferencia lo que mi práctica me ha enseñado como realmente útil para recomendarlo, o como notoriamente perjudicial para zaherirlo. Se notará que no he hablado de los baños. Es que éstos en general, a pesar de la creencia muy extendida

opuesta, son por lo común poco útiles como agentes curativos de los eczemas; aun se llegó a decir en otros tiempos que el eczema era enemigo del agua. Tomada esta proposición en sentido absoluto, se aparta mucho de la verdad; puesto que los apósitos húmedos constituyen uno de los mejores recursos terapéuticos en determinados períodos; pero la observación realmente ha demostrado que los baños generales suelen facilitar la extensión de eczemas localizados. Es de regla nunca prescribirlos en los eczemas húmedos. En los secos pueden tener alguna utilidad, particularmente los emolientes, con almidón, salvado o gelatina, y en los más tenaces los baños sulfurosos. Los alcalinos a menudo son perjudiciales por su tendencia a reseca la piel.

*
* *

No hay tratamiento general específico del eczema. Ni los alcalinos ni los arsenicales tienen esa acción particular sobre él, y no sólo, sino que el arsénico está netamente contraindicado en todos los brotes agudos de eczematización; pues está bien definido que agrava entonces el padecimiento.

Autores hay, y principalmente entre los alemanes, que no creen necesario el tratamiento general en los eczemas. En efecto, los hay que pueden sanar sin que el tratamiento general haya intervenido para nada; pero esto no quiere decir que siempre sea inútil. Antes al contrario su acción útil es manifiesta en múltiples ocasiones.

Desde luego, en los eczemas agudos, la eficacia de la medicación purgante o simplemente laxante, es indiscutible. Poco importa que se admita que obre principalmente por acción derivativa como creían los antiguos, o que conforme a las teorías modernas se considere que el factor principal sea la eliminación de toxinas por el intestino, bien se crea que sean la causa eficiente del mal o que simplemente puedan contribuir a agravarlo, el hecho es que los enfermos se benefician mucho con este género de medicación, el que se realiza de preferencia por medio de las aguas minerales purgantes naturales, las de Hunyady Janos, Apenta, Carabaña, Villacabras, etc.

También es útil en este período la medicación diurética e igualmente los medicamentos vaso-constrictores y los calmantes del sistema nervioso.

Es propio en efecto de los eczematosos, por las sensaciones múltiples de dolor, ardor, sensación de tensión y comezón que su mal les produce, que tengan una excitación nerviosa considerable, que en ocasiones no cede sino a fuertes dosis de bromuro que no hay que vacilar en administrar desde luego, siempre que esos síntomas tengan demasiada intensidad; pero no prolongando su uso más allá de 2 o 3 días. La antipirina suele ser también ventajosa, pero hay enfermos que toman para ella un intolerancia cutánea particular. La belladona es también excelente medicamento en estos casos, reúne a su acción calmante la propiedad de disminuir las secreciones; se puede usar sola en forma de tintura en dosis crecientes de 2 a 10 gotas, o en forma de extracto y asociada entonces habitualmente a la quinina y a la ergotina, suspendiendo en todo caso su uso tan pronto como comienza a aparecer el menor signo de intoxicación.

En cambio el opio y el cloral nunca deberán usarse, están completamente contraindicados; agravan las erupciones eczematosas.

Cuando los fenómenos de excitación son muy intensos, el medicamento por excelencia, al que debo muchos éxitos, es el sulfonal administrado por una sola vez en dosis de 1 o 2 gramos, y previniendo al enfermo de lo retardado de su acción hipnótica que puede no presentarse sino hasta 4 o 5 horas después de ingerido el medicamento. En general, después de dormir bien una noche bajo la influencia del sulfonal, enfermos que habían tenido muchas noches de insomnios, mejoran considerablemente de su eczema, y los fenómenos nerviosos se calman tanto, que es muy raro tener que repetir la medicación al cabo de algunos días.

Otro medicamento muy recomendado por los médicos ingleses en el eczema agudo, es el tártaro estibiado, al que con frecuencia acudo en mi práctica administrando 10 gotas tres veces al día de una solución acuosa al 1%, y continuadas por un término de sólo 3 o 4 días, habiéndome parecido que en efecto tiene ventajas reales en el tratamiento de los eczemas agudos.

En los eczemas crónicos habrá que atender preferentemente al buen funcionamiento de las vías digestivas, combatiendo los síntomas dispépticos, si los hay, y administrando, según los

casos, la levadura de cerveza o su principio activo: la cerolina, (que en mi práctica me ha dado mejores resultados), el fermento de uva o los fermentos lácticos.

Una medicación tónica general es casi siempre ventajosa, y en este sentido está indicado el arsénico en cualquiera de sus múltiples formas, mineral u orgánica, administrado ya por las vías digestivas, ya subcutáneamente; pero sin forzar nunca las dosis, por ser esto inútil. En este concepto, están indicados también los ferruginosos, las preparaciones de quina, de kola, etc., y en los individuos linfáticos el aceite de hígado de bacalao, las preparaciones yodadas, etc., así como en los individuos francamente artríticos, la medicación alcalina en sus múltiples formas antiguas y modernas. Si el enfermo eczematoso fuere al mismo tiempo gotoso o diabético, se le administrarán los medicamentos propios para combatir estos estados generales; en suma, se tratará al enfermo según las indicaciones especiales que su estado general o condiciones particulares de otros órganos requieran.

Hay un síntoma que acompaña preferentemente a los eczemas crónicos y es el prurito. Deben emplearse contra él, además de los medios externos ya señalados, los medicamentos internos que tienen acción sobre él, entre los que merecen particular mención la valeriana y el ácido félico. Los administro en la forma recomendada por Beenier, en píldoras de 0.05, de extracto de valeriana y otro tanto de ácido félico cristalizado, a tomar una después de cada comida, para que, mezclándose al bolo alimenticio, se evite la acción irritante del ácido félico sobre el estómago, pudiendo forzarse las dosis en caso de necesario, hasta tomar 9 de dichas píldoras por día, lo que rara vez se necesita. Otro medicamento también muy útil en estos casos, aunque de manejo muy delicado, es la aconitina. La uso de preferencia en formas de píldoras de Moussette: 2 al día. Por último, no hay que olvidar lo ventajosas que son para calmar síntomas pruriginosos las corrientes de alta tensión y alta frecuencia: su efecto raya a veces en lo maravilloso.

*
* *

Poco tengo que decir sobre la higiene a que deben ser sometidos los eczematosos, pues se cae de su peso. Se buscará, hasta

donde sea posible, el reposo de las regiones enfermas, colocándoles en la posición más adecuada para que la circulación se efectuó con mayor facilidad. Esto es esencial en los eczemas de las piernas, en que, la postura acostada o levantando el pie ligeramente, favorece considerablemente la curación.

Los eczematosos procurarán llevar, además, una vida metódica y ordenada, evitarán los enfriamientos, las desveladas, los excesos de todo género, y muy particularmente, las emociones, las impresiones nerviosas de cualquier clase, en especial las desagradables. Vigilarán cuidadosamente su alimentación; en los casos muy agudos, se les someterá al régimen lácteo, en los más, al lácteo-vegetariano. De la carne harán, los que padezcan de eczema crónico, un uso moderado, procurando que esté bien cocida y nunca condimentada con exceso. Se abstendrán de toda clase de artículos de tocinería y de caza. Rechazarán inexorablemente los pescados, cuya acción nociva, he observado en infinidad de casos, huirán de los mariscos, de toda conserva alimenticia, de toda clase de quesos muy aromáticos, de ciertas frutas como el melón y la fresa que empíricamente se conoce tienen acción delectérea sobre los eczemas, y se abstendrán, por último, de toda bebida alcohólica, y en general, de todo alimento que su experiencia les haya mostrado serles claramente nocivo.

México, Mayo 22 de 1912.

R. E. CICERO.